

Un libro de descubrimiento de AB

Entrenamiento del bebé

TERRY MASTERS

Entrenamiento del bebé

Entrenamiento del bebé

por
Terry Masters

Título: Entrenamiento del bebé

Autor: Terry Masters

Editor: Michael Bent

Editorial: AB Discovery © 2021

www.abdiscovery.com.au

Entrenamiento del bebé

Alex se debatía impotente entre sus ataduras. Atrapado en un pañal y un vestido, amordazado con un chupete enorme y con una cinta roja brillante alrededor, no podía hacer más que esperar. Suponía que eso era lo que realmente era. Era un regalo de Navidad para alguien. La única pregunta era para quién. Era una pregunta que lo había atormentado desde el día en que llegó al instituto de formación. Como todos, sabía que alguien pagaba por él. Como la mayoría, no tenía ni idea de quiénes eran, cuándo los vería ni para qué pretendían usarlo.

Había varias razones por las que alguien podía acabar en el instituto. Unos pocos eran voluntarios: personas que elegían la vida sumisa, a menudo por un capricho o por pura pereza, renunciando a su libertad para tener comida y techo garantizados en lugar de trabajar toda la vida y arriesgarse a quedarse sin hogar. Esto, en opinión de Alex, era un mal negocio y una peor excusa para una carrera. Otros parecían pensar que, de todas formas, con el tiempo tendrían un lugar asegurado allí, y se ofrecieron como voluntarios.

La ventaja era que al menos podían elegir su forma de sumisión y tener cierto control sobre quién sería su futuro amo. Si Alex hubiera sabido que eso sería necesario para él, lo habría hecho. Se removió incómodo entre las ataduras, con los brazos entumecidos y el pañal empezando a rozarle el trasero azotado. Sin duda, lo habría hecho. Alex, por su parte, era uno de los muchos que habían sido elegidos contra su voluntad. Algunos tenían razones obvias para ir. Habían cometido delitos evidentes, fueron juzgados y se les permitió salir de la cárcel mediante un acuerdo o fueron sentenciados directamente. Al principio, durante los primeros días en el instituto, llamaban la atención, intentando parecer duros, con tatuajes en los brazos y miradas fulminantes, hasta que se dieron cuenta de que eso los hacía aún más ridículos.

Alex estaba en la última categoría: aquellos que no tenían ni idea de por qué lo habían llevado allí. Simplemente se había acostado una noche después de beber en un bar, se había

Entrenamiento del bebé

desmayado y se había despertado ya encerrado y vestido en el Instituto, con su forma de sumisión y su amo ya elegido.

Muchos tenían historias similares o fueron sacados a rastras de lugares públicos a patadas y gritos, o subieron a taxis que iban en la dirección equivocada. La lista era larga. Generalmente les daban una explicación: acusaciones vagas de delitos menores, mal comportamiento, probabilidad de futuros delitos o fallos, historial de búsquedas en internet o haber suspendido algún examen gubernamental. Había muchas supuestas "explicaciones".

Alex había recibido una mezcla de todo esto, con las mismas acusaciones de malcriadez e inmadurez que la mayoría de los que terminaban en pañales. Sabía que podían ser ciertas, pero tendía a creer el rumor de que el Instituto simplemente necesitaba vender a cierto número de sumisas para operar e hizo lo necesario para seguir adelante. El gobierno hizo la vista gorda y el público guardó silencio para evitar ser elegidos. De todos modos, estaban cumpliendo un servicio necesario. Para Alex, era difícil discutir. Parecían saberlo todo sobre él, y su tesoro de historias "secretas" sobre fetiches similares se mencionaba una y otra vez como razón. No entendía si lo sabían cuando lo agarraron o si lo descubrieron por casualidad después de buscar.

Alex gimió para sus adentros al pensarlo. Forcejeó un poco, oyendo el crujido del papel de seda y del pañal, y luego se detuvo. Miró la paleta a su lado. De aspecto provocativamente adorable, pero afilada y dolorosa, ya le habían dado una probada antes y lo habían amenazado con más si despertaba a alguien. Era un regalo de Navidad, y como cualquier otro regalo supuestamente de Papá Noel, no lo verían hasta la mañana siguiente. Despertarlos arruinaría la sorpresa, y él había sido entrenado para obedecer.

Ese entrenamiento en sí mismo había sido una pesadilla. Cuando despertó aquel día, hacía ya mucho tiempo, no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Al principio, se despertó lentamente, con un ligero dolor de cabeza, y luego se sobresaltó al darse cuenta de

Entrenamiento del bebé

que estaba en una habitación extraña rodeada de barrotes.

“No”, pensó, “no puede ser...”

En realidad, era obvio. Hacía tiempo que sabía del programa de entrenamiento y que los sumisos con pañales eran una de las opciones, pero como la mayoría, nunca pensó que le pasaría. Cuando sucedió, hizo todo lo posible por negárselo. Rápidamente se miró y vio que llevaba un pijama rosa brillante con pies y un objeto voluminoso que luego descubrió que era un pañal. Intentó gritar, solo para descubrir que tenía la boca llena de algo que luego descubrió que era un chupete. Intentó quitárselo, solo para descubrir que tenía las manos envueltas en gruesos mitones sin dedos, dejándolas inservibles. Miró a su alrededor y confirmó sus sospechas. Los barrotes que una vez creyó que eran de una jaula eran, de hecho, parte de una cuna, y la habitación era una guardería gigante, decorada con ternura, con un cambiador, una trona y juguetes, todos claramente destinados a él. Se le había empezado a hacer un nudo en el estómago.

Una mujer, no mucho mayor que Alex, entró radiante. Él aún recordaba sus primeras palabras. «Hola, ¿cómo está mi bebé?». Habló con una voz dulce y familiar, como si de verdad fuera una niña y no hubiera nada extraño en su presencia.

El resto del día siguió su ejemplo. No le dieron ninguna explicación ni oportunidad de pedirla. Lo arrastraron indefenso de humillación en humillación, incapaz de soltarse de los brazos, arneses y cochecitos que lo sujetaban, e incapaz de hablar con el chupete en la boca, dejándolo solo para alimentarlo. Ese día ni siquiera lo trataron como un sumiso, sino simplemente como un bebé. Los azotes u otros castigos aún no eran necesarios. Estaba demasiado restringido y desconcertado para luchar, simplemente estaba allí para aprender su lugar. Lo alimentaron, le hablaron en un galimatías infantil o simplemente lo ignoraron, y lo transformaron. *Ese* era un recuerdo que se le había quedado grabado, no por las burlas ni los castigos, sino por la ausencia de estos.

Entrenamiento del bebé

"¿Hueles algo?" dijo uno con calma.

"Creo que el bebé tiene el trasero apestoso", respondió el otro sin mostrar sorpresa.

"¿Revisarlo?"

Alex estaba encorvado, con el mono desabrochado.

—Sí —y luego, con la voz aguda y burlona que se usa para bebés—, ¿ha hecho un mal olor? ¿Necesita que le cambien el culito? ¡Claro que sí! ¡Claro que sí!

La falta de burlas y provocaciones lo había empeorado aún más, como si fuera algo natural. La verdad, como descubriría, era que pronto lo sería. Mientras Alex yacía en el suelo del pasillo principal, cambiándose, la pareja frente a él seguía hablando como si nada. Incluso había empezado a preguntarse si realmente *era* un bebé y si las últimas décadas de su vida eran un sueño extraño. Parecía una mejor opción que ser un sumiso en la vida real.

El verdadero entrenamiento comenzó al día siguiente.

Alex se movió de nuevo e intentó soltar los brazos un poco. Esta posición distaba mucho de ser cómoda, y le dolía la espalda. Se preguntó qué revelaría de sus nuevos amos el hecho de que lo encontraran así. ¿Sabrían lo incómodo que era? ¿Querían que estuviera dolorido? Una respuesta, sí o no, podía significar mucho. Claro, el hecho de que lo hubieran elegido como un bebé afeminado ya decía mucho.

Había una especie de jerarquía tácita en el instituto de formación. Variaba mucho de persona a persona, pero había algunas reglas generales que, según se pudiera decir, dependían de la dureza o la vergüenza del trabajo. En la cima estaban los sumisos, meramente inespecíficos. Estaban allí para servir, sin humillación real, y siempre que se portaran bien, recibían buen trato. Después venían los "animales", ya fueran caballos de tiro destinados a manipular a sus amos o mascotas de gatitos y cachorros, y recibían

Entrenamiento del bebé

buen trato, aunque con condescendencia. Luego venían los sumisos de castigo, allí para recibir azotes, ser degradados y atados para el placer de su amo. Debajo de todos ellos estaban los bebés.

Algunos podían vivir vidas bastante buenas y ser bien tratados, encontrándose viviendo básicamente solo para ser mimados y mimados, pero a menudo no era así. Era difícil sentir orgullo cuando todos los demás se alejaban del olor de tus pañales. Alex era el más bajo de todos. No solo un bebé, sino un bebé *afeminado* y, además, un sumiso castigado. Allí se había familiarizado con las cuerdas y las paletas, y los pañales y los vestidos simplemente añadían un nuevo nivel de humillación.

Alex reflexionó brevemente. Como la mayoría había supuesto, si eso era lo que sus amos querían, no auguraba nada bueno para él. Quienquiera que pagara, quería degradarlo lo más posible. La mayoría terminó viviendo básicamente como lo había hecho su entrenamiento. Algunos, sin embargo, tuvieron suerte. Fueron castigados y entrenados a un nivel bajo, luego llevados ante sus amos como si fueran rescatados, recibiendo amor y afecto, y formando un extraño vínculo al saber de qué se les estaba privando. Otros obtuvieron justo lo contrario.

Incluso dentro de las categorías, la dureza, el rigor y la duración del entrenamiento variaban. Algunos amos querían sumisas con ganas de pelear que pudieran azotar con el tiempo. Otros cambiaban el tema de su sumisa al llegar, dejando a la pobre y desconcertada sumisa confundida y obligada a volver a entrenar. Irónicamente, las que más compadecía a Alex apenas eran castigadas en el entrenamiento. Sus amos querían la idea contraria a la que recibían los demás.

Los elogiaban, les daban libertades y recompensas para fomentar un orgullo que los amos podían romper con placer. A menudo incluso se les daba autoridad sobre los demás sumisos, a quienes se les decía que guardaran silencio sobre el destino del pobre ingenuo. A veces volvían con sus amos más tarde, con

Entrenamiento del bebé

lágrimas en los ojos, el orgullo destrozado, sus delirios desaparecidos mientras aquellos a quienes habían menospreciado se reían de ellos. El propio Alex había sido azotado por unos sumisos confundidos, solo para verlos luego gateando en pañales, ahora bebés llorosos más grandes que nadie, y su orgullo empeoraba la caída. De alguna manera, nunca parecían aprender hasta que era demasiado tarde.

Alex gimió por las ataduras y la rigidez de sus músculos. Empezaba a sentir hambre de nuevo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Pensaría que solo había sido una noche, pero no había ventanas y parecía mucho más tiempo. Rezaba para que sus amos fueran de los más bondadosos, esperando verlos como salvadores, pero ansiaba que lo desataran, lo fueran o no. Era más probable que estuviera destinado a ser el bebé del que estaba vestido. Esto aún podía significar otras cosas, ya que siempre volvían rumores sobre lo que les pasaba a los bebés en el mundo exterior. Algunos eran tratados simplemente como eso, bebés para que sus "padres" los cuidaran, nada más.

Algunos existían para la humillación, pasando largas noches atados con pañales sucios y puestos sobre el regazo recibiendo azotes en público. Algunos estaban allí para trabajar y complacer a sus amos, su ropa añadía una especie de comedia burlona a tareas que de otro modo serían adultas. Algunos vivían para el placer, recibiendo juguetes y otros beneficios, a otros se les negaba deliberadamente, siendo acercados a él y luego regresaban para quejarse y gemir en sus pañales. Algunos vivían para entrenar a la gente a cuidar bebés de verdad, usados para demostraciones de cambio de pañales, algunos eran mascotas de pequeños equipos deportivos y organizaciones o atracciones públicas para restaurantes y salas de juego. Otros incluso eran entregados a jóvenes, tratados como juguetes, muñecos vivos para la diversión de los niños. La mayoría no sabía qué iba a ser hasta que llegaron allí. Se estremeció al pensarlo y rezó para que fuera uno de los mejores.

Entrenamiento del bebé

Intentó pensar en la crueldad de alguien que lo sometiera a eso. ¿Acaso podía culparlos? Después de todo, él había escrito todas esas historias, pero eran ficción, no realidad. ¿Había alguna diferencia? Y sin embargo, allí estaba él, un adulto, con pañales y afeminado...

El entrenamiento variaba según la persona, pero para los bebés, había algunos temas generales. La vida en una guardería, usar pañales y recibir juguetes eran comunes. A la mayoría se les alimentaba y se les enseñaba a usar pañales. A algunos se les provocaba incontinencia intencionada, administrándoles pastillas e hipnosis para que dependieran del pañal. Alex evitaba esto, aunque nadie lo notaba viéndolo. Un pañal sucio alrededor de la cintura era un tema común en su vida. Como todos los bebés, dormía en una cuna y lo cuidaban como a un bebé en su "hogar". Este hogar era su residencia mientras estaba en el Instituto. Como de costumbre, era el único bebé allí. Los demás temas se representaban de forma similar.

Había mascotas, animales de trabajo, esclavos, afeminados y otros tipos de sumisos, pero rara vez más de uno o dos de cada uno a la vez. También había grupos de no sumisos que entraban y salían de allí como si fuera un hostal, y muchos más que venían y pagaban para mirar y reír. Solían pagar para satisfacer sus propias perversiones sádicas o su schadenfreude, y el hecho de que creyeran que la gente allí se había ganado su castigo los hacía aún más crueles en sus risas y bromas.

Esto se debía a una razón seria, aunque sutil. Si el sumiso se sentía raro y se enfrentaba constantemente a un nuevo grupo de personas, la impotencia y la vergüenza de su situación se mantenían presentes. Como le habían explicado a Alex, la razón por la que un hombre afeminado se avergonzaba de llevar vestido era porque los hombres no lo llevaban. Si Alex hubiera pasado su vida rodeado de otros bebés afeminados, con el tiempo no le parecería extraño en absoluto.

Entrenamiento del bebé

Desde los "hogares", la sumisa era llevada diariamente al entrenamiento, esta vez junto con sus hermanos vestidos de forma similar. Siendo un bebé afeminado, Alex se unía a una larga y a menudo maloliente fila de adultos en pañales, sintiéndose ridícula al ver cómo desfilaban, todos agarrados a una cuerda como niños, hacia la clase.

Una vez allí, los entrenaban en grupo, con variaciones según los deseos individuales de su amo. Recibían clases básicas similares a las de un jardín de infantes para reducirlos y adaptar su pensamiento al de un bebé. A veces, les daban información falsa deliberadamente, obligándolos a aprender matemáticas mal o a memorizar un alfabeto inventado. Luego los examinaban al respecto y les reprendían con insistencia cuando fallaban exámenes aparentemente hechos para niños. A partir de ahí, el entrenamiento era más relacionado con el kink. Se les enseñaba a ser sumisos, con una larga lista de castigos humillantes y dolorosos, desde azotes y ataduras hasta castigos más infantiles como tiempos fuera y enjabonados bucales .

Los entrenaban para que se comportaran como sus amos querían, los obligaban a gatear, a jugar con juguetes infantiles y a ensuciar sus pañales. Incluso los entrenaban para que se portaran mal de vez en cuando, practicando rabietas o portándose como niños malcriados. A algunos se les inculcaba la incontinencia poco a poco, a otros se les enseñaba a ir al baño, lo cual se les imposibilitaba deliberadamente, y luego se les decía que usaban pañales porque no lo hacían, y a otros simplemente se les ignoraba hasta que se ensuciaban, y a veces se les dejaba con ellos hasta que se acostumbraban. Cualquier cosa que un amo quisiera, podía conseguirla, y los entrenadores apostaban sus carreras a que así fuera.

A Alex no le dieron ninguna oportunidad. No hubo ningún esfuerzo por desentrenarlo ni por fingir que lo entrenaban. Esto, pensó, significaba que quienquiera que fuera a encontrarse por la

Entrenamiento del bebé

mañana quería a alguien capaz de controlar sus funciones, pero que aún estuviera acostumbrado a los pañales. ¿Significaba eso que pretendían hacer algún tipo de rutina de entrenamiento para ir al baño en broma? ¿Se suponía que tendría éxito, que finalmente dejaría la ropa interior infantil, o no? ¿Irían por el camino opuesto, sometiéndolo a hipnosis y dietas extrañas? Lo dudaba; si hubieran querido eso, ya podrían haberlo hecho. Existía la posibilidad de que lo mantuvieran en pañales pero le permitieran usar el baño o se presentaran como los salvadores de la degradación que había sufrido. Era posible, y lo deseaba, pero había aprendido a no esperar demasiado. Algo le decía que ese no era el caso. Lo más probable era que lo mantuvieran en alguna variación de lo que tenía antes: continente, pero sin forma de saberlo basándose en lo que vestía (o en su olor), lo que les daría control sobre cuándo sucedía y si sería castigado o no ...

Se estremeció. ¿Qué más podría decirle qué esperar?

Otro aspecto del entrenamiento fue el ejercicio físico.

Antes de llegar, Alex había entrenado y competido en artes marciales mixtas, lo que lo mantenía en buena forma. Sin embargo, sería un ingenuo si pensara que eso habría continuado. Había dos cosas que lo diferenciaban del ejercicio que esperaba. La primera era lo que se consideraba "estar en forma". Como en todos los demás aspectos, esto variaba de persona a persona. El énfasis estaba en lucir como los maestros querían, no en la salud y, sobre todo, en la función. En todo caso, se desaconsejaba la fuerza. Para lograrlo, utilizaban entrenamiento específico, dieta y diversos cuidados de la piel.

Para algunos, como los "animales de carga", como los llamaba, esto podía significar ser corpulentos y lo suficientemente fuertes como para realizar cualquier trabajo que sus amos quisieran. Para las mariquitas, esto solía significar lo contrario: una complexión delgada y afeminada. Para Alex, era una combinación de todo esto, junto con una apariencia juvenil con el pelo largo y la piel

Entrenamiento del bebé

suave. Sin embargo, lo más importante del ejercicio eran los sentimientos asociados. Era importante que, a pesar del ejercicio, ninguna mariquita se sintiera poderosa. Mejorar la forma física normalmente tenía el efecto secundario de aumentar la confianza y el orgullo. Para los amos, esto podía ser desastroso. Por lo tanto, cada ejercicio tenía como objetivo recordarles a las sumisas su lugar. El ejercicio no significaba en absoluto que se les permitiera salirse de la vestimenta que su estado requería, y generalmente significaba combinaciones extravagantes de ropa deportiva y trajes fetichistas. Estaban constantemente rodeadas por los entrenadores, cada uno sosteniendo varas para animarlas y hablándoles en tono condescendiente. No importaba cuánto peso levantar, era difícil sentirse orgulloso cuando tu recompensa era que te llamaran "buen bebé" y el castigo por dejar de hacerlo era recibir una paliza en público.

Los ejercicios en sí se realizaban siguiendo la misma línea, diseñados para que el sub se viera como su "tema". Al igual que sus "hogares", todo esto estaba abierto al público, y la ridícula exhibición resultante era una de las más populares, solo después de la sala de castigo. Alex temía esos momentos. Lo traían gateando. El ejercicio no lo eximía de usar pañales, y generalmente eran extra gruesos, lo que hacía que cualquier ejercicio se desarrollara con un torpe andar de pato. Se reunía con los otros "bebés" y comenzaba a correr. Como explicaban los entrenadores, necesitaban compensar todo el tiempo que pasaban gateando o en cochecitos. Lo sujetaban con una correa a un arnés para bebés y un entrenador lo llevaba en un carrito, teniendo que seguir adelante o lo detenían, listo para sufrir cualquier castigo que le dieran los entrenadores. Luego lo llevaban de vuelta al gimnasio. Aquí, la cosa variaba más. Los 'animales de carga' llevaban carros de pesas mientras alguien los guiaba con riendas, los 'perros' jugaban a buscar la pelota y las mariquitas hacían una mezcla de ballet y baile en barra.

A veces, Alex asistía a clases de ballet, tropezando y pateando torpemente con el grueso acolchado, pero normalmente

Entrenamiento del bebé

estaba con los bebés. Empezaban tumbados en el suelo, retorciéndose torpemente de forma que ejercitaban el torso, pero que a los demás les parecían simplemente movimientos infantiles. Era impactante lo ridículos que se veían los abdominales de bicicleta y los abdominales invertidos con la ropa y las circunstancias inadecuadas. Luego les daban "juguetes". Ante la risa de los espectadores, golpeaba o pateaba objetos coloridos que colgaban sobre él, agitaba sonajeros y jugaba con bloques. Lo que no sabían era que cada juguete tenía peso . Esto hacía que todo lo que hacía pareciera ridículamente torpe y débil, mientras que cada movimiento lo sometía a tensión.

La sesión completa solía terminar con un juego, también para diversión del público que pagaba. El favorito se llamaba "la etiqueta de las palmaditas". Los bebés se juntaban de pies y manos sobre colchonetas. Luego gateaban, con el objetivo de que quien fuera el que "la tocara" acariciara a los demás en el pañal. Para entonces, la combinación de dieta, el movimiento del ejercicio y, a veces, las acciones deliberadas de los entrenadores resultaba en un montón de pañales llenos, empeorando la experiencia para los bebés y mejorando para los espectadores. Los que la tocaban a menudo se encogían al acercarse a la espalda de su objetivo, quien a su vez se encogía al ser acariciado. Ambos provocaban risas. Las reglas podían cambiar de vez en cuando, pero en general, era lo mismo. A veces solo una o dos personas lo hacían, a veces había dos equipos, cada uno intentando tocar a los demás.

De cualquier manera, se determinaban los ganadores y los perdedores, y los perdedores serían castigados mientras que los ganadores recibirían "recompensas", como que el público les diera biberones o les permitiera jugar con juguetes. Alex odiaba todo esto. Había sido un largo camino desde practicar kickboxing y hablar de libros hasta jugar con sonajeros y pedir que le cambiaran los pañales.

El público desempeñaba otro papel muy importante. Por un

Entrenamiento del bebé

precio, se les permitía "alquilar" a los sumisos. Podían sacarlos del Instituto, normalmente por un día, y hacer básicamente lo que quisieran siempre que los devolvieran en las mismas condiciones. Alex fue sometido a esto en más de una ocasión. Normalmente terminaba siendo paseado por la ciudad en un cochecito, jugando a diversos juegos o haciendo que jugaran con ellos, y generalmente era exhibido. La mayoría de quienes lo hacían querían ser vistos e invitaban a amigos, o incluso organizaban fiestas donde él era básicamente el entretenimiento. Todos se agolpaban a su alrededor, arrullándolo y tratando de hacerlo sonrojar. Esto, para los entrenadores, tenía varios propósitos además de ganar más dinero. Les daba a los sumisos visibilidad pública, haciéndoles saber que cada vez más gente los había visto. Les enseñaba que eran sumisos a cualquiera, no solo a sus entrenadores, y que debían obedecer a cualquiera que se les pusiera por encima.

También significaba que cualquiera cerca los reconocería por lo que eran, haciendo que escapar fuera casi imposible. En resumen, aumentaba su humillación e impotencia, y los dejaba con ganas de volver al Instituto, un lugar que de otro modo odiaban. El sonido de sus risas aún le dolía. Los odiaba a todos por su risa. No se lo merecía, se había dicho. Pero era un sub y lo tendría. ¿Podría culparlos por hacer algo que él haría en el mismo lugar? ¿Lo habría hecho?

Alex miró a su alrededor buscando un reloj. Estaba muy oscuro y no tenía ni idea de la hora. Estaba exhausto. La posición le dificultaba dormir. Lo habían alimentado justo antes de nacer y esperaba que lo que le hubieran dado fuera normal. ¿Era esto parte del plan? ¿Acaso lo encontrarían, exhausto, desorientado, sin tener ni idea de la hora ni de cuándo encenderían la luz?

Sus últimos días fueron los peores. Había adivinado que algo se avecinaba, probablemente que lo entregarían a sus dueños, pero nunca se lo dijeron. En cambio, lo mantuvieron despierto hasta tarde y apenas le permitieron dormir, dejándolo exhausto. Lo

Entrenamiento del bebé

azotaban y castigaban constantemente, haciéndole llorar una y otra vez. Le negaron el cambio de pañal durante horas, lo que le provocó un sarpullido horrible. Entonces, cuando por fin llegó el momento.

Le vendaron los ojos y lo llevaron en un carro. Finalmente le dieron un cambio, pero solo para volver a azotarlo, cambiarle el pañal y atarlo. Lo vistieron y le dieron de comer papilla y agua en un biberón, luego lo ataron y amordazaron. Le quitaron la venda y lo obligaron a mirarse en un espejo.

Se encogió e hizo pucheros. Era una visión patética, incluso para él. El primer sueño de nacer en mejores condiciones se había esfumado. Estaba destinado a ser un bebé afeminado, vestido con un vestido de duende navideño y pañales gruesos. Incluso le habían puesto un lazo en el pelo, por si fuera poco. Estaba visiblemente exhausto y desesperado. Lo trajeron al mundo debajo de un árbol de Navidad con una nota y sin ninguna explicación.

Una parte de él aún esperaba que fuera una artimaña, que sus amos se apiadaran de él. Un vistazo a su alrededor le recordó la pila de pañales y el remo, lindo pero cruel, a su lado. Dudaba que le permitieran recuperar su adulterz, y los estampados rosas de los pañales le quitaban cualquier idea de al menos conservar su masculinidad. Al mirar más a su alrededor, vio otra caja envuelta con una nota que decía "De Papá Noel para el bebé Alex". Le daba miedo pensar qué habría dentro.

Así que así pretendían encontrarlo. Agotado, azotado, dolorido, cansado e incómodo, un hombre con pañal y vestido. Contuvo las lágrimas e intentó conservar la poca dignidad que le quedaba. Cerró los ojos e intentó dormir. No presagiaba nada bueno.

Alex despertó de nuevo. Esto era peor. Esto era muchísimo peor.

Su estómago empezó a rugir justo cuando estaba a punto de quedarse dormido. Empezó de repente, claramente debido a algo

Entrenamiento del bebé

que le habían dado de comer, y claramente la intención de sus amos. Eso no era buena señal.

En solo unos instantes llenó sus pañales hasta el borde, una combinación de largos meses de entrenamiento y la alimentación que lo dejaba indefenso. Ahora se retorcía, aún más incómodo y humillado que antes. El olor era repugnante, algo a lo que nunca se había acostumbrado. Peor aún, el sarpullido y las marcas de los azotes estaban inflamados de nuevo, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar.

¿Cuánto tiempo había pasado? No lo sabía. Parecían horas, incluso días, y seguía igual de oscuro. Había comido justo antes de llegar, pero sentía hambre de nuevo y le rugía el estómago. Ya no le importaba lo que quisieran sus amos. Sabía que no iba a ser bueno. Nadie obligaba a nadie a pasar por todo esto para ser amable, y de lo contrario se estaba mintiendo a sí mismo. Sin embargo, se dio cuenta de que ya no le importaba. No importaba si querían mimarlo, tratarlo como una afeminación, exhibirlo, humillarlo, hacerlo trabajar, castigarlo... Solo quería librarse de las cuerdas. Haría lo que fuera por un cambio de pañal. Eso finalmente lo entendió, después de todo, lo único que quería era que lo cambiaron. Renunciaría a cualquier ápice de dignidad sin pensarlo dos veces. Ya no le importaba ser o fingir ser un hombre adulto. Quería a su amo. ¿A su mami? ¿A su papi? ¿A su dominatrix? ¿A su dueño? Cualquier cosa que quisieran, él sería suyo.

Finalmente, se acomodó en la caja y dejó de luchar contra las cuerdas. En cambio, reaccionó como le habían enseñado, como lo habían inculcado durante meses, y como sabía que sus amos querían. Empezó a llorar. Se le llenaron los ojos de lágrimas y gimió, pidiendo a sus amos que lo cuidaran. Lloró como el bebé que sabía que era.

Su nueva vida apenas comenzaba.

Entrenamiento del bebé

Si te gustó este libro, consulta el catálogo completo en
[*www.abdiscovery.com.au*](http://www.abdiscovery.com.au)